

XIII.

Cuando aquella noche del 16, salió Miguel dando el último beso á Julia, y prometiendo verse allá en Tomochic, ella temblando se echó en la amplia cama y allí bien arropada esperó temerosa la llegada de Bernardo.

Sentía la candente impresión de las caricias de Miguel y le parecía un sueño aquella hora de delicias supremas, aquel despertamiento de su sér á las primeras impresiones del amor. El recuerdo de todo eso fué una delicada fruición, un tanto amargada por el temor, de su partida para el pueblo, en donde tanto había sufrido.

Inquieta y febril dió vueltas en el lecho, sobresaltada á cada paso con los ladridos lejanos de los perros que llegaban hasta ella como fatídicos rumores.

La pobre muchacha en su cerebro inculto é ignorante, pero vasto y sólido, intentaba resolver el problema de su vida y meditaba sobre el porvenir, ya formando cuadros risueños de amor y de ventura, ó pintándose con negros colores panoramas sangrientos, escenas trágicas y cuadros de muerte.

Amaba ya con todo su corazón juvenil y virginal á Miguel, aquel joven que se le presentaba hablándole de amor y de ternura, realizando el mejor de los sueños de su vida y arrojando en la noche de su infortunio un rayo esplendoroso de esperanza. Pero.....y precisamente por eso, también pensaba con terror en que ella iría á Tomo-

chic con su padre, con Bernardo, con Cruz, que combatirían contra él; que lo matarían indudablemente y que acaso á la puerta misma de su casa, vería su cadáver ensangrentado, con los ojos abiertos ligeramente como ante la postrera visión de la mujer amada!

Y en vano aquella hora de fiebre y de espera trataba de dormir....¡imposible! con tenaz obstinación tornaban á su mente las imágenes halagüeñas ó fatídicas que le presentaban y le volvían á presentar arcángeles de gloria protegiendo sus amores ó espectros monstruosos señalando cadáveres!

Por fin, á las tres de la mañana empujó Bernardo brutalmente la puerta; había desaparecido en él la embriaguez que le había postrado en la noche y venía á preparar la partida hácia el pueblo para avisar la llegada de las fuerzas con un día de anticipación, pues sabía que hasta en la tarde emprenderían éstas su marcha.

—Eh! levántese, amiga, á qué hora piensa que nos vamos!

—Ahorita; mande, señor.

Se levantó precipitadamente, tiritando un poco con el frío duro de la madrugada; se puso las enaguas y el saco y empezó á ayudar á empacar la ropa, mientras él iba al corral á sacar las bestias y á amarrar las gallinas y gallos que empezaron á alborotarse. Mariana como siempre mecánicamente hacía los trabajos más duros yendo y viniendo con la vela en la mano.

Después, cuando estuvo ya todo listo, los dos asnos cargados con ropa, ollas, algunos envoltorios de café *torrificado*, unas botellas de sotol, las gallinas sujetas de las patas y algunos cachivaches más, Bernardo mandó hacer fuego quemando una tabla vieja y todos tomaron café hir-

viendo con unos tragos de aquel aguardiente.

A las cinco de la mañana emprendieron la marcha, él en una mula y las dos mujeres en fuertes asnos.

Durante el camino, Julia sumamente excitada no pronunció una sola palabra, sometida como siempre á su destino de víctima.

Bernardo, que conocía perfectamente todos los caminos de la Sierra, atravesó atrevidamente los montes, tomando uno apenas transitable, bordeando los precipicios, silencioso en su mula; empujando cada cuarto de hora la betella de *sotol*, sin volver el rostro hacia las dos mujeres que lo seguían, sentadas en los jumentos los que con los cascos herrados, hollaban con firmeza las gigantes asperezas de aquellos montes.

La infeliz muchacha, envuelta en un grueso *poncho* americano á causa del viento glacial de la Sierra; sentada habilmente en su cabalgadura; abiertos y sin fijeza sus grandes ojos negros, suspiraba de cuando en cuando, saltándosele gruesas lágrimas que no enjugaba.

Ah! aquella criatura de precós inteligencia, natural vivacidad y sensibilidad exquisita, no debía haber nacido en aquel medio ambiente en que se agitaba un pueblo semi salvaje del que no tenía sino el supremo heroísmo y el raro valor de saber soportar dignamente la adversidad!

El día 19 á las tres de la tarde llegaron á Tomochic, adelantados una jornada á las fuerzas que al día siguiente intentarían el ataque.

Encontraron el pueblo en la mejor actitud de defensa; claraboyadas las casas de los extremos, lo mismo que las paredes de la torre, vetusta y de un solo cuerpo y que se erguía al pie del Cerro de la Cueva el que á su vez la do-

minaba, situada como estaba á pico sobre el valle.

Tomochic en realidad pequeño en población era sumamente extenso, por hallarse estas diseminadas, ligadas solo por veredas que serpenteaban á través de las milpas y terrenos donde pastaban los ganados.

Quince ó veinte familias, desde hacía algunos días habían huido hacia los otros pueblos de la Sierra, lo mismo que los raros que no quisieron tomar las armas.

La casa de Cruz Chavez, sobre todo, era una verdadera fortaleza, perfectamente atrincherada y en tres líneas de aspilleras.

Allí vivían también sus hermanos José y Manuel con sus mujeres y cuatro niños.

Un gran cerco de empalizadas solidamente revestidas de alambres con puas, encerraba dos grandes jacalones de adobe durísimo: en el intermedio de estos había un horno, y al lado sobre un pedestal blanqueado, una alta cruz de madera de cuyos brazos pendían listones blancos.

Uno de los jacalones contenía cincuenta y uno de los prisioneros hechos en el combate del día 2 de Septiembre.

El otro, mas grande y mas sólido era la casa propiamente dicha, compuesta de tres cuartos unidos entre sí. Una sola puerta daba entrada al del centro, por el que se pasaba á los dos de los extremos.

En aquel vivían las familias de los tres hermanos, y de los otros, uno servía de bodega y deposito de municiones, y el otro, de oratorio particular de aquel nuevo pontífice del desierto, *Sancta Sanctorum* á la que raros penetraban al par que gabinete de trabajo del caudillo y alcoba del jefe de la familia.

Julia fué muy bien recibida por las mujeres de ambos

que la querían mucho.

Bernardo contó á Cruz todo lo que sabía de las fuerzas que en la mañana del día siguiente atacarían el pueblo, bajando por el camposanto ó tomando el cerro de la Cueva que dominaba el pueblo.

Cruz, sentado cerca de la chimenea donde hervía una gran olla de café, meditò bajando sobre el pecho su cabeza melenuda, después la levantó con fiereza digna y con los labios plegados por leve sonrisa, contestó:

—No importa! . . . los soldados de Jesucristo no pierden . . . los derrotamos de nuevo. Mira, hoy nos llegaron de Yopòmare seis más, de suerte que tenemos, contando á los muchachos, 113. He formado cinco guerrillas; le he mandado matar su última res á Reyes Domínguez y las mujeres ya están cociendo gallinas y maíz. Dios nos proteje. ¡Vamos á la bendición!—y saliendo, se dirigieron por una vereda á la iglesia, cuyo atrio cercado de paredes, estaba completamente lleno de hombres que lo esperaban, todos con sus carabinas y las cananas provistas de cartuchos.

Los que estaban sentados en las gradas que servían de pedestal á una gran cruz que se hallaba en el centro se pusieron en pié respetuosamente á la llegada del caudillo.

El atrio cubierto de lápidas fúnebres y algunas cruces pequeñas, estaba completamente invadido por más de noventa hombres, vestidos de blusas blancas ó azules, pantalones de piel ó de pana y *teguas* altas, hasta las rodillas; una *canana* cubierta de cartuchos engrasados les atravesaba el pecho y otra les ceñía la cintura. A los sombreros de palma de alas recojidas estaban atados pañuelos ó lienzos blancos, que caían sobre las cabelleras incultas som-

breando rostros barbudos de ojos negros y centelleantes.

La alta estatura de Cruz, sus anchas espaldas y barba espesa, negra y encrespada encuadrando su rostro varonil de frente espaciosa, no obstante los mechones de pelo que caían sobre ella, le daban un aire de magestad imponente y salvaje.

Los grupos se abrieron pasando òl entre ellos y entrando en la vieja iglesia; sin quitarse el sombrero, subió al altar donde había un gran crucifijo; le volvió la espalda y allí, en pié, esperò que entrase su gente. Cuando todos estuvieron dentro, apoyando en las lozas las culatas de sus carabinas en actitud de escucharle, Chavez con voz sonora, clara y limpia, dijo:

—Hermanos, hijos de Jesucristo y de Nuestra santa madre María, prepárense mañana confiados siempre en *el gran poder de Dios*, á destruir y mandar á los infiernos á los impíos hijos de Lacifer que quieren gobernarnos con sus leyes y quitarnos nuestra libertad!

Nos tratan como á bestias; nos quitan nuestros santos; nos quitan el dinero y el gobierno nos manda soldados que nos maten . . . ¡Pero nosotros peleamos por el Reyno de Dios! . . . María Santísima nos ayudará.

Nosotros no morirèmos porque los que llevan la Cruz no pueden morir, si caemos heridos y al parecer muertos, resucitarèmos como Nuestro Señor, al tercero día, para poder acabar con los enemigos de Jesucristo.

¡Vencerèmos gritando: viva el gran poder de Dios!

Luego sacó de la bolsa de su blusa, unos papeles, los desdobló y continuó en un tono familiar:

—He dispuesto cinco guerrillas, la primera la mando yò y se quedará aquí en la iglesia; la segunda la manda

Manuel, aquí está la lista,—se la alargó á su hermano que estaba á su izquierda,—y se vá con la tercera y cuarta que mandan vds. (señalando á Carlos y Víctor Medrano, tendiéndoles sus listas que estos tomaron) al camposanto; la quinta la manda Pedro Chaparro y tú,—y señaló á Bernardo,—y va al cerro de la Cueva. Ahora ¡á hincarse!

Todos se arrodillaron bajando las cabezas; él se irguió, puso el brazo izquierdo en jarra, echando hácia atrás con un movimiento de hombros el poncho á cuadros negros y rojos que llevaba como un manto y que cayó á sus piés y contempló á todos con esa mirada irresistible, acerada y dura que caracteriza las grandes figuras militares de la historia.

Estaba impotente con su aire de conquistador y pontífice, exitando á los suyos al combate en el nombre de Dios y sus santos; resplandeciendo deslumbrante ante el fanatismo de aquella gente heroica, formidablemente armada con aquellas carabinas Winchester, en sus manos tan terribles.

Solo Bernardo permaneció en pié, sonriéndole maliciosamente; pero el pliegue que se formó en el entrecejo de Cruz acentuó de tal manera la dureza de su mirada, que palideciendo ligeramente se arrodilló y bajó también la cabeza.

Y entonces el caudillo extendió magestuosamente la mano derecha y los bendijo en el nombre de Dios y de la Santísima Trinidad!

Todos salieron á hacer sus últimos preparativos quedándose él solamente con los jefes designados, para explicarles su plan y darles instrucciones.

Este estaba habilmente basado en la táctica que conocía intuitivamente. El fraccionamiento en guerrillas lo im-

ponía la naturaleza del terreno; comprendía que el enemigo bajaría al pueblo por el Cerro del Cordón de Lino, ó apoderándose del Camposanto, ó tomaría el cerro de la Cueva, llave de la posición por dominar la iglesia, y el núcleo de las casas en cuyo centro estaba la de Cruz que había convertido en arsenal y en depósito de víveres; dos únicos reductos que en caso apurado podrían tener. Así es que por eso guareció el Camposanto con tres guerrillas que destacarían algunos hombres inteligentes en el cerro para avisar la aproximación del enemigo, al cual en extensa línea de tiradores batirían en la espesura del monte, en tanto que la quinta guerrilla, establecida en el cerro de la Cueva á la izquierda del de Lino, mandada por Pedro Chaparro, atacaría al enemigo de flanco, mientras este se batía al frente.

La primera guerrilla compuesta de veinticuatro hombres, se fraccionaría en dos, una en su casa y otra en la torre, desde donde él observaría las fases del combate, transmitiendo sus órdenes por medio de un Estado Mayor de quince ó veinte muchachos, vivos, audaces y ágiles en correr y trepar por los montes.

Previno estrictamente tomar, en cuanto el enemigo se encontrase en la difícil bajada del cerro, tomar la ofensiva, demostrando en esto una intención maravillosa del moderno arte de la guerra.

Comprendía perfectamente que allí podría aniquilarlos.

Encareció la importancia trascendentalísima de suprimir los oficiales y jefes enseñando como debían reconocerse estos.

A las mujeres impuso la dura faena de hacer aspilleras, moler el maíz, hacer *tasajos* de carne, preparar hilas para

los heridos y otros trabajos de esta índole.

A las seis de la tarde, se reunieron todos los hombres, en el patio de su casa, dentro de la empalizada; allí se cercioró de que todos estaban listos, bien municionados y provistos de *pinole* (maíz molido) gordas y *tasajo*; reconoció los escapularios é imágenes de la Santa de Cabora, y después cada jefe seguido de su guerrilla, marchó á su puesto.

Entonces las mujeres, niños y siete ancianos enfermos y achacosos se trasladaron á la Iglesia, donde debían pasar toda la noche rezando. Solamente su familia y la mitad de su guerrilla, quedó en su casa, convertida en cuartel general.

Visitó á los prisioneros, escogiendo entre ellos á cinco de los que manifestaron querer tomar las armas para defender su causa; á los demás hizo que se les llevase carne, harina y una tinaja con agua; después salió, yéndose á sentar muy pensativo cerca de la chimenea donde ardía un buen fuego que su mujer atizaba, silenciosamente, sin atreverse á mirar el rostro sombrío y huraño de su marido.

Sus cuñadas lo contemplaban tristemente, sentadas en el borde de sus camas.

—¡Faltan tres minutos para las ocho!—dijo Cruz repentinamente, viendo la carátula de su viejo reloj de plata que llevaba en la bolsa de su blusa—rezarèmos el rosario.

Se arrodillaron delante de una sucia imágen en papel, clavada á la pared y allí murmuraron un extraño rezo, compuesto por Cruz.

Cuando este terminó, sin decir una palabra, pasó á su cuarto cerrando tras sí la puerta, dejando á las mujeres inmóviles y absortas, contemplando vagamente el fuego chisporroteante de la chimenea.

XIV.

Sentada en un cajón forrado de cuero estaba Julia, a-brumada por la fatiga de una larga y dura jornada, por el recio camino de la sierra.

Se hallaba muy pálida y solo sus hermosos ojos negros reflejaban los rojizos resplandores de la chimenea; tenía las manos caídas con abandono y la boca contraída por un gesto nervioso.

Mariana dormitaba acurrucada en un rincón sobre una piel de venado, en tanto que las otras cuatro mujeres, las tres de los Chávez y la hija de Cruz, sentadas dos en cada cama, intentaban contener los sollozos que les arrancaba secreta angustia.

Había un silencio profundo, ese silencio enorme que precede á las grandes catástrofes y que prepara el desenlace de todas las tragedias. Ni siquiera los perros ladraban, habiendo cesado ya todo movimiento nocturno.

—Tú estás cansada, hija, acuéstate, dijo á Julia la mujer de Cruz, compadecida del dolor que la niña manifestaba, pero ésta contestó vivamente:

—No, señora, tenemos que velar, así lo quiere el señor y después de suspirar añadió:

—Tengo mucho que rezar á la Virgen,—y sus ojos preñados de lágrimas se dirigieron al cielo como demandando misericordia.

Y de nuevo el silencio volvió á pesar fatídicamente so-

bre tanta amargura.

De pronto se alzó un gran murmullo y vagos rumores llegaron mezclados con detonaciones que prolongó el eco de las montañas. Luego todo cesó, y pasados algunos minutos llamaron á la puerta. Julia abrió, entrando un hombre envuelto en gran cobertor rojo.

—¡El poder de Dios nos valga! ¿Está Cruz? preguntó descubriéndose y descubriendo su carabina cuyo cañón brilló á los reflejos de la chimenea.

Pero Cruz, sereno y tranquilo se asomó á su puerta y con voz firme dijo al recién llegado:

—Entra, Pablo,—y este pasó tras él al oratorio.

Era Pablo Calderón, que venía de Pinos Altos, donde se hallaba en observación del destacamento del 11° que guarecía ese punto cerca de la frontera de Sonora; traía terribles noticias. De aquel Estado venía una fuerte columna de más de quinientos hombres al mando del Coronel Torres, traía más de 200 hombres de Guaymas y Navajoa, terribles indios de la sierra de Tarahumara, y de las tribus opatas muy temibles por su arrojo y su audacia; una sección del 12° Batallón; otra del 24° y el destacamento del 11° que se le incorporó. Debían atacar el pueblo á las 7 de la mañana del día 20 de Octubre bajando del camino de Pinos Altos. Pero lo más alarmante era que "San José" había sido hecho prisionero y fusilado acaso en aquellos momentos.

Cruz, entonces, le hizo comprender que guardase un absoluto silencio, y sin inmutarse, pues ya sabía la primera parte de las noticias aunque no que el Coronel Torres atacase el mismo día, y adivinando que el asalto sería simultáneo, cambió sus disposiciones y él mismo fajándose

una canana y tomando su carabina, seguido de Calderón, á pasos de lobo, se encaminó por las veredas sinuosas del valle, al camposanto, en el extremo del pueblo, despertando los perros de las casas cuyos ladridos se multiplicaron á lo lejos en el silencio de la noche.

Allí comunicó á su hermano Manuel y á Jesus Medrano, que con sus dos guerrillas ocupasen en el extremo las casas, junto á un río poco ancho y profundo en aquella época y que pasa al Oeste del pueblo.

Así se hizo, quedando al pié del Cerro del Cordón de Lino solo una guerrilla, y las otras dos tras el río, cuyo paso debían defender de las fuerzas que venían por el lado del Oeste.

Al rayar el alba, extendiéronse las dos guerrillas á lo largo del río, entre las milpas hasta cubrir todo el frente de los cerros del Norte y N. O. A retaguardia Cruz con la primera guerrilla permaneció de reserva dependiendo su actitud de las circunstancias en que se presentara el combate.

En tanto, los hombres acampados en el cementerio se desplegaron al pié del cerro del "Cordón de Lino," mientras Pedro Chaparro disponía también en tiradores los suyos en el Cerro de la Cueva á derecha é izquierda de este, dispuesto á dar frente ó por su derecha al general Rangel, ó por su izquierda al Coronel Torres.

A las seis empezáronse á distinguir algunos hombres de las columnas que venían de Pinos Altos y ocupaban los cordones de los cerros. Después se detuvieron y esperaron sin duda la señal de las columnas que venían de Guerrero. Pero estas no llegaban aún y se repetía por el corneta de órdenes del Coronel la contraseña, *atención, parte y rancho*, sin obtener al otro extremo del valle, otra respuesta que el

mismo toque contestado y multiplicado inmediatamente por el eco.

Cruz comprendió instantáneamente todas las ventajas que podía sacar de aquella situación, si se provocaba de cualquier manera el combate en aquel momento.

Así es que recorrió la dilatada línea de sus tiradores extendidos tras el río, en las milpas y tras una gran loma; les hizo avanzar ordenándoles que con el alza à 600 metros, apuntasen à los *cordones* ocupados por el enemigo, haciendo fuego con mucha calma, para obligarlos a bajar, aniquilándolos en aquellos terrenos accidentados y cubiertos de sembrados y rastrojos ò al pasar el río.

Así se efectuò y media hora después las columnas ya casi en la falda, contestaban los fuegos.

Al frente, al pié del cerro de la Cruz, los bravos *pimas* de Sonora armados de *remingtons*, apenas se podían contener escuchando los gritos con que los tomochitecos los desafiaban enviándoles de paso algunas descargas.

Aquellos indios de Sonora, acostumbrados à la vida de la Sierra, à la caza y la carrera entre sus asperezas son terribles. Altos, fornidos y audaces, armados de *remingtons* ó fusiles viejos, vestidos con blusas y pantalones azules y zapatones amarillos, se enardecían, dando tambien feroces gritos, haciendo fuego tras las rocas y los árboles.

Los de Tomochic, comprendiendo que eran los mas terribles de sus enemigos, los exitaban à bajar y à trabar el combate en el llano, gritándoles:

—¡Bajen esos pimas! ¡Bajen esos valientes de Sonora! ¡Aquí estamos, aquí los esperamos! ¡Viva el poder de Dios! ¡Muera el Gobierno!

Sin embargo, habia órdenes severísimas de no llevar

aùn un ataque à fondo sobre el pueblo hasta que contestasen las fuerzas de Chihuahua, que con gran desesperación del valiente Coronel Torres, que habia sido puntual, no llegaban.

Pero el destacamento del 11º que mandaba el Capitán Castro y donde iba precisamente el mismo sargento Zavala que con aquel Capitán habia derrotado hacia un año à los montañeses aún débiles, habia principiado, sobre la izquierda el combate atacando muy de cerca y ferozmente à los serranos. Los federales contestaron haciendo fuego, animados un tanto con los gritos de:

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el undécimo Batallón!

Por fin, se escuchó ya en medio de las primeras descargas, la ansiada contraseña que de el otro lado de los cerros débilmente repetía el toque de *atencion, parte y diana*.

A paso veloz y por tramos fueron avanzando las columnas de la sección del 24º, pimas, y 11º, en tanto que el 12º subía el cerro de "La Medrano" que con su alta cima domina perfectamente el valle.

Los del pueblo se retiraron lentamente haciendo un fuego vivo y certero que contenía à los asaltantes à buena distancia.

Solo aquellos famosos indios de Sonora avanzaban audazmente como dignos adversarios de aquel terrible enemigo. Pero era desventajosisima la posición de aquellos que à descubierto en lo alto de lomas peladas, eran cazados desde la torre de la iglesia ò por los tiradores ocultos en las milpas, que retrocedían por táctica, para anonadarlos ante las primeras casas.

Una vez allí, haciendo fuego por las claraboyas practi-

cadadas en las paredes, contuvieron á los asaltantes, quienes después de pasar el río, viendo más peligro en volver la espalda que en arrojarse hácia adelante, con ímpetu, jadeantes, arrodillándose á trechos para hacer fuego y continuando después la carrera tronchando las cañas y saltando por piedras, se estrellaron contra los fuegos certerísimos de las casas convertidas en *blockhouses*.

Un sargento 1º del 11º en el momento en que arrodillado apuntaba á una cabeza que á lo lejos sobresalía de una roca, cayó herido de muerte en la frente, y lo extraño fué que en la misma posición quedó, con el arma entre las dos manos, apuntando con las cuencas de los ojos vacías, el cañón del fusil salpicado de sesos.

El combate generalizado ya en toda la línea tomó en aquel momento un aspecto imponente. El humo de la pólvora exitaba, todos gritaban enronquecidos con gritos que dominaba el estruendo de las descargas; pero allá en el cuartel General del Coronel Torres partió el toque siniestro de *media vuelta* y hubo que retroceder, tras el heroico ataque.

El Capitán 2º Francisco Corona, del 12º Batallón, de bigotes grises de verdadero veterano, tronaba animando á su tropa á aproximarse á las casas.

—¡Adentro, muchachos!—les gritaba!—¡Adentro muchachitos! ¡El que se muere, se muere! ¡No hemos de morir de parto! ¡Viva el Coronel Torres!

—Viva el gran poder de Dios! ¡Viva la Santísima Trinidad!—contestaba el enemigo dentro de sus casuchas, cuyos adobes de un lodo duro como piedra, saltaban en pedazos al choque de las balas de los fusiles.

Cruz, seguido de la turba de muchachos que trasmitía sus

órdenes, iba y venía corriendo agazapándose, gritando, dando órdenes, reanimando á todos y multiplicándose en todas partes.

Al amanecer, sus exploradores le avisaron que las fuerzas que venían de Chihuahua estaban en marcha, por lo que la guerrilla que estaba al pié del cerro del Cordón de Lino seguía á la expectativa en cuanto el enemigo intentara bajar. Pedro Chaparro en el Cerro de la Cueva cerraba el valle por el Sur, esperaba también al enemigo para flanquearlo entre el monte.

Replegáronse los tomochitecos, y tras las paredes de sus casas continuaron disparando y haciendo estragos en las filas enemigas. Los apostados en lo alto de la torre no erraban tiro alguno y ya la carnicería era espantosa. La sección del 12º Batallón que intentó llegar hasta la iglesia fué hecha pedazos y dispersada. Los *pimas*, mas cautos, avanzaban á saltos, trabando luchas terribles cuerpo á cuerpo dando salvajes alaridos entre el estruendo fragoso de las descargas crepitantes que se multiplicaban mas y mas.

El Coronel Torres en la falda del cerro de la Cruz observaba con su antejo de campaña aquel desastroso combate, trémulo de cólera y de impaciencia.

Ah! comprendía que la impuntualidad del general Rangel costaba la derrota completa y la horrible efusión de sangre que estaba presenciando.

Se repitió el toque de *media vuelta* y empezó una desastrosa retirada mas peligrosa que el mismo ataque. Se dejó una huella de heridos y cadáveres.

El Capitán 1º Luis Telles cayó muerto; pocos momentos después el Capitán Corona era herido en un brazo, y al poco tiempo lo fué en el pié derecho.

Un subteniente era hecho prisionero al mismo tiempo que un cabo que corrió en su auxilio fué atravesado en el pecho por tres balas.

Un sargento segundo, llorando de rabia, loco de furor con el fusil tomado con ambas manos por el cañón, gritaba, sin que nadie le hiciera caso, temblando su *piocha* cana de escasos pelos plateados:

—¡Viva el 12º Batallón, viva el Coronel Torres, viva el General Rocha, los que estuvimos en la Bufo no corremos, ¡viva el Gobierno!

Una bala le rompió la pierna y cayó de rodillas junto al cadáver de un corneta que tenía cuatro balazos en el pecho.

Dos soldados que volvían corriendo á incorporarse con el resto que pasaba el río, bajo una lluvia de balas, trataron de llevarselo, y entonces él frenético dió un culatazo en la cabeza de uno de ellos gritandole enronquecido y ebrio de furor:

—¡Cobardes! los que estuvimos en la Bufo no *corremos* ¡Viva mi General Ro —En aquel momento, y antes de que acabara la palabra, cayó de espaldas, atravesado el cráneo por una bala que debió haber venido de lo alto de la torre.

Entre tanto el corneta de ordenes del Coronel Torres continuaba tocando desesperadamente, la contraseña convenida: *atención, parte y rancho*. Al fin se oyó en los cerros del Oriente la contestación, *atención, parte y diana*. El General Rangel llegaba una hora mas tarde, cuando las fuerzas de Sonora se retiraban diezmadas por completo.

A la sazón, allá tras los montes del Cordón de Lino, se oía la furiosa detonación del cañoncito asestado sobre el

pueblo pero la granada estallaba muy lejos. Después en su falda se oyó un vivísimo tiroteo que fué aumentando progresivamente.

Principiaban á batirse allá, al otro lado, en tanto que acá terminaban.

